

JUAN LOVELUCK

RICARDO A. LATCHAM,
JUEZ Y TESTIGO DE LA
NOVELA HISPANOAMERICANA

EN BREVE tiempo, entre los últimos días de 1964 y los iniciales de este año, las letras hispanoamericanas se vieron disminuidas en valores representativos, singulares, cuya pérdida, tras la sorpresa, recién empezamos a tasar. Ezequiel Martínez Estrada en Bahía Blanca (Argentina), Mariano Picón-Salas en Caracas, y en La Habana —donde formaría parte de un jurado internacional—, Ricardo A. Latcham, son voces y talentos reducidos a silencio por las tareas minuciosas de la muerte.

En los tres casos nos queda —si varia y distinta en cantidad y dirección estética— la obra escrita, desperdigada con generosidad en el libro, la revista y, abundantemente, en el periódico; esa obra es como un dique de contención en la hora de las elegías y de los tributos para aquellos que fueron nuestros amigos, nuestros maestros o criaturas en quienes, simplemente, hicimos un depósito de admiración. Habla esa obra, con lengua propia, de una labor cumplida en medio de luchas a veces muy arduas, bajo la opresión de las angustias del destierro político, de la incomodidad de oficios peregrinos, a la larga desilusionantes y, por qué no decirlo, del “puñal con gracia” que aún se desliza entre nosotros, además de las tantas dificultades con que —todavía hoy— se enfrenta y ha de luchar, cuando quiere que su pensamiento y su tarea sobresalgan unos palmos, el intelectual de Hispanoamérica.

No alberguemos dudas: estas figuras cumplieron con alguna forma de heroísmo.



Hay escritores que son como una prolongación de su escritorio o una parte del gabinete en que trabajan, acorazados y defendidos del

exterior opresivo y del ruido mundano que distrae y turba; de ellos sabemos por lo que escriben y por la calmada temperatura de sus juicios y opiniones. Parodiando de alguna manera lo dicho por Vasconcelos a propósito de libros y lectores, podría decirse que estos escritores trabajan sentados y con luz eléctrica: caben cómodamente en la pulcra dimensión de sus páginas.

Otros, en cambio —y éste es el caso de nuestro Ricardo A. Latcham—, siempre alzados para mejor contemplación de la realidad, van de aquí para allá: morirían si hubieran de mantenerse entre los estrechos límites de un escritorio; rebasan el marco de sus páginas. Torrenciales, parecen escribir siempre de pie —d'annunzianamente— y a toda luz, luz natural siempre. Estos empiezan su escritura apasionada cuando hablan, cuando conversan y cuando discuten sus páginas, en un perfecto borrador mental. Necesitan, pues, de un público —plural o singular— como del aire. Al gabinete oponen el subido ritmo callejero; al párrafo construido con escuadra y compás, una vitalísima forma de comunicación, siempre en proceso de hacerse, casi nunca concluida o cerrada. Escritores como éstos tienen que morir y desaparecer —renunciar al diálogo o al autodiálogo que los hace familiares de Unamuno— para que su silencio nos deje posar el ojo sobre lo que trazaron sus páginas. Así ocurre con Ricardo A. Latcham: ha tenido que salir de escena para que podamos medirle —en ausencia— desde más justos ángulos. No vendrá ahora, con el cigarrillo desmoronándose entre sus dedos, a plantearnos ninguna apostilla sorprendente. Es la hora de mirarlo en su perfil entero, porque se acabaron los decires y sólo nos queda su gran silencio.



Observada ahora con tales perspectivas, la múltiple obra crítica y ensayística de Ricardo A. Latcham nos permite establecer constantes y direcciones que la vertebran claramente. Desde sus primeras páginas, desde su libro inicial —*Escalpelo*—, recae el acento de sus preocupaciones en el fenómeno literario nacional y continental. Ruta a la que seguirá fiel durante cuarenta años consagrados a la no siempre grata ni fácil misión de ponderar y someter a juicio un caudal sorprendente de obras que pasaron bajo sus ojos y por sus manos.

En el terreno de esta fidelidad ejemplar a las letras de Hispanoamérica, tomadas tan a la liviana por quienes poco se han inquietado por conocerlas, pueden destacarse dos aspectos de relieve en el menester de nuestro ensayista: la importancia que confería a la aparición

de valores nuevos —siempre salió al frente enjuiciando con pupila zahorí obras sobre las que nadie había dicho nada o que nadie conocía aún—, que en no poca medida debieron a su espaldarazo comprensivo alguna forma de dirección. En segundo término, su interés sostenido por seguir el desarrollo de una función: la narrativa, lo que no le llevó a descuidar el proceso poético o la dirección del ensayismo de nuestras naciones. Su sapiencia y destreza hermenéutica en el vasto terreno de la novela debieron conducirlo, por ruta lógica, a historiar la función narrativa en el continente. Privados de esa obra, que habría exigido el reposo con que el propio Latcham nunca se regaló —viajes, misiones culturales, peregrinaciones dictadas por su curiosidad nunca adormecida, más la tarea de vivir en plenitud y en infatigable comunicación—, nos queda, en su copiosa obra de crítica periodística, una 'verdadera historia' de casi medio siglo de producción novelística de la América hispánica. Jalonan esos años, de plazo en plazo, síntesis y resúmenes que constituyen verdaderos capítulos y estaciones de su meditar en torno a la historia de la novela: tales, su estudio sobre el relato colombiano¹ o su síntesis del proceso narrativo iberoamericano, aparecido en esta misma publicación². O, en el ámbito de la novela nacional, la verdadera breve historia que publicó en tres entregas de la revista *Estudios Americanos* de Sevilla, con los títulos "Novela chilena actual: Las viejas generaciones", "Novelistas chilenos de la generación del 40" y "Literatura imaginativa y novela femenina en Chile"³.

Anotamos, para dar razón del título de estas páginas, la singular posición temporal del crítico: es juez y testigo de nuestra novelística desde 1920 o 1925, y por unos cuarenta años su principal quehacer es analizar, medir y comparar los valores que se van alzando en nuestros horizontes literarios. Lo singular de este quehacer sostenido: su capacidad de juicio se va acomodando al proceso y al cambio, y el juez que hizo sus primeras armas en el justiprecio de la narrativa telúrica,

¹"Perspectivas de la novela colombiana actual". *Atenea*, xxiii (1945), 248, pp. 200-235.

²"Perspectivas de la literatura hispanoamericana contemporánea. La novela". *Atenea*, xxxv (1958), núms. 380-381, pp. 305-336. (El subtítulo "La novela" no aparece en la publicación original; consta sólo en el sobretiro).

³Los estudios aparecieron en los números 42, pp. 219-234; 45, pp. 643-673, y 48, pp. 337-349 de la mencionada publicación sevillana. Los reproduce, junto con los otros trabajos de Latcham aquí citados, en *La novela hispanoamericana*, Santiago: Editorial Universitaria, 1963, por considerar necesaria su más amplia divulgación.

superregionalista o "naturalista-nativista-tipicista-vernacular", como la designa Alejo Carpentier en su reciente estudio⁴, va acomodando sus antenas críticas a la rica evolución y adensamiento de nuestras literaturas. Así, es justo y certero lo mismo al analizar la crónica novelesca, la ficción abocetada de un Mariano Azuela, que al enfrentarse con la alta interpretación narrativa del conflicto y la sociedad postrevolucionaria, en obra tan compleja como *La región más transparente*, o en la factura rica y densa de *Al filo del agua*.

El lector que con voluntad se acerque a algunos de los libros de Ricardo A. Latcham podrá comprobar lo que sostenemos: ábranse, por ejemplo, las páginas de *12 ensayos* [Santiago, 1944], de *Carnet crítico* [Montevideo, 1962], o de la publicación póstuma *Antología. Crónica de varia lección* [Santiago, 1965], dispuesta y prologada por Alfonso Calderón y Pedro Lastra. Prevalece en ellas la intensa preocupación por el relato y sus formas en Hispanoamérica.

Elasticidad crítica, pues, voluntad de comprensión, entendimiento cabal de las direcciones y logros de nuestro proceso narrativo, que no hacen sino refrendar el gozo juvenil con que se acercaba Latcham a los capítulos más recientes de nuestra narrativa. Y como él seguía con paso atento lo que ocurría en el terreno de la narración europea y norteamericana, nunca le quedó angosto el ámbito de sus referencias y comparaciones, ni eran sus opiniones referidas a un mero claustro nacional o continental. Sus juicios pendulaban al aire pleno del cotejo oportuno con otras direcciones narrativas de este siglo, y de aquí y de allá.



La relectura de "Perspectivas de la literatura hispanoamericana contemporánea. La novela"⁵ —estudio de 1958, reconstruido por Latcham sobre la base de su documentada intervención en los debates literarios de Chillán— nos sirve para reparar en la información caudalosa, legendaria, no pocas veces sorprendente, del ensayista chileno. Enfrentada ésta con la que es corriente en la crítica más o menos 'oficial' —y aun en la profesoral—, permite establecer diferencias de peso. Nos hace ver, por ejemplo, el grado de importancia que Latcham con-

⁴Alejo Carpentier, "Problemática de la actual novela latinoamericana". En *Tientos y diferencias (Ensayos)*. México: Universidad Nacional Autó-

noma de México, 1964, pág. 11. El estudio de Carpentier ocupa las páginas 5-46 de la obra citada.

⁵Véase la nota 2.

fería a las formas más actuales de nuestro relato. Casi no hubo valor nuevo y promisorio que no fuese oportunamente destacado por él.

Al leer hace poco el reciente libro de Zum Felde sobre la narrativa iberoamericana⁶, podíamos reparar en la carencia de enjuiciamiento de autores que constituyen hoy el soporte, la primera línea del movimiento novelesco nuestro: en la obra de Zum Felde ni siquiera se nombra a García Márquez, Rulfo, Carpentier, J. M. Arguedas, Cortázar, José Donoso, Fuentes, Vargas Llosa y otros, con lo que el panorama del crítico uruguayo aparece curiosamente dislocado y trunco. Pues bien, en esa línea de autores tenía puesto lo principal de sus cuidados Ricardo A. Latcham, como puede verse en el trabajo aludido, en que muy certeros juicios se adelantan sobre la mayoría de los novelistas que años más tarde otros críticos ignoran o pasan por alto.

En su ensayo de 1958, Latcham empieza por enfrentarse con quienes suelen regatear el valor y la dimensión de la actual literatura narrativa nuestra, "los que se oponen a reconocer su vigencia, su crecimiento y sus posibilidades". No es rara tal posición regresiva entre nuestros críticos. Hay —todavía hoy— una como secreta nostalgia del supernativismo que se dio en el tercer decenio de este siglo y que en la actualidad ha caído en lamentable bancarrota. Parece que todavía se quiere medir la grandeza del relato actual con el metro que proporcionaron esas superadas creaciones ejemplares —paso necesario de una evolución dinámica y cambiante. Se trata, por cierto, de formas y modos irreconciliables entre sí; el historiador de los cuatro primeros decenios de este siglo, si quiere aprehender con honradez y acuciosidad el fenómeno de la novela hemisférica, ha de cambiar las armas o instrumentos de su análisis al prolongar su escarceo temporal hacia los años que vivimos. El fiel que sopesa los méritos de *Los de abajo*, de *Don Segundo Sombra* o de *La vorágine*, se niega a funcionar frente a *La hojarasca*, *El siglo de las Luces* o *Recuerdos del porvenir*. Y se hace necesario distinguir, como lo propuso Latcham, dos segmentos temporales decisivos en la historia de nuestra función novelesca en el siglo xx: el supernativismo, el superregionalismo, que imperan entre 1910 y 1940, más o menos —desde las *Páginas bárbaras* hasta *El mundo es ancho y ajeno*—, y que produjeron una serie de novelas-crónicas, de poemas épicos sobre las fuerzas mayores de una geografía inhóspita, o sobre nuestros principales mitos telúricos, bajo el signo básico del

⁶Alberto Zum Felde, *La narrativa en Hispanoamérica*. Madrid: M. Aguilar, 1964. (379 pp.). El libro es una especie de refundición abreviada del

Índice crítico de la literatura hispanoamericana. II. La narrativa. México: Edit. Guaranía, 1959.

vencimiento del hombre por una naturaleza implacable y devastadora. Novelas que corresponden al copioso ciclo de "se los tragó la montaña, se los tragó la pampa, se los tragó la mina, se los tragó el río", que anotó Carlos Fuentes en unas certeras apuntes sobre el relato hispanoamericano del presente⁷. Y, en seguida, tras el supernativista, el complejo proceso actual que, en el cuarto de siglo extendido entre 1940 y 1965, plantea como ineludible la necesidad de enjuiciar dicha novelística con instrumentos nuevos, más delicados, más precisos y certeros, porque de parecida condición son los problemas que ella empieza a plantear y traducir en el rico escenario de nuestra ficción.

No inquietaba a Latcham el reconocimiento de numerosas influencias que se vienen ejerciendo en nuestros autores, en cuanto éstos funcionan con autonomía y no como meros elementos epigonales. Su conocimiento de la historia literaria le mostraba que no empece al creador verdadero este flujo y reflujo de elementos que, insertos ya en una tradición cada vez más enriquecida, operan con mayor o menor peso en quienes se colocan delante de ella, sin posibilidades de quedar impunes. Así no solamente se refiere a los influjos mayores de Marx y de Freud, sino que enumera aquellos cuya operación puede datarse con posterioridad a 1930 o 1940:

En el instante actual, las influencias europeas predominantes son idénticas en ambos sectores de América: Proust, Joyce, Kafka; el existencialismo francés, por medio de Sartre, Camus, Simone de Beauvoir y también Jean Genet y Maurice Sachs; los italianos Svevo, Moravia, Vittorini, Buzzatti, y los norteamericanos Steinbeck, Caldwell, Tomás Woolfe, Hemingway, Curson Mac Cullers, pero sobre todo Faulkner⁸.

El auge de la novela *de denuncia y protesta*, muchas veces deslastrada en su dimensión estética por su insistente tono de 'yo acuso', es caracterizada de este modo por nuestro crítico:

A partir de 1930, a raíz de influencias foráneas y situaciones internas de orden político y

⁷Carlos Fuentes, "La nueva ola latinoamericana". *México en la cultura*. Suplemento de *¡Siempre!*, México D. F., núm. 128 (29 de julio, 1964),

p. II.

⁸R. A. Latcham, "Perspectivas...", art. cit., 308.

social, se agudizó la tendencia a describir la lucha de clases, la situación del indio, del negro, del cholo, del mestizo y del proletario urbano, en documentos de gran violencia, pero, a veces, muy esquemáticos. Coincidió esta renovación del relato corto y largo con la acción concreta de los escritores rusos revolucionarios y de los norteamericanos, como Steinbeck, Caldwell, Hemingway, James Farrel y otros que empezaron a difundirse aquí⁹.

El 'libelismo', el desequilibrio formal por un excesivo contenido acusatorio, el carácter de *novela-noticiera* en el terreno de la injusticia social, que exhibe buen sector de nuestra narrativa alrededor de la fecha antes indicada, merecen estas opiniones de Latcham:

La novela nuestra tuvo durante un período algo del reportaje que denunciaba la realidad o la alteraba con finalidades políticas dentro de una concepción marxista del arte, que también padecieron los narradores no afiliados al socialismo y al comunismo. La razón es clara, porque la denuncia de una condición inestable y de graves injusticias constituía la razón de ser del arte en determinada época. También operó la huella de Freud y su teoría del inconsciente, que se traspasó a grandes sectores de la novelística francesa y norteamericana (...). La novela hispanoamericana se ha convertido en algo más complejo a medida que la realidad se desintegra y se trata de un modo nuevo, como se advierte en la generación narrativa aparecida después de la Segunda Guerra Mundial (1940-1945). La actitud generacional tiende ahora a expresar el desagrado frente a los aspectos sórdidos o vulgares de un mundo en que el escritor se siente incómodo, pero cuyos problemas no es capaz de solucionar¹⁰.

La crisis de las fórmulas 'criollistas' de narrar era evidente para

⁹Idem, *ibídem*, 305.

¹⁰Idem, *ibídem*, 306.

Latcham, pero él sostenía que los problemas esenciales de ésta no se habían ausentado de nuestras literaturas: prevalecen en ella, pidiendo otras modalidades técnicas:

Es absolutamente inexacto que la novela de la tierra haya sido superada en la etapa actual de la narrativa. Una mirada muy rápida al mundo de la ficción continental demuestra lo contrario, pero dentro de los tratamientos técnicos inspirados por una problemática diversa y divorciada del añejo costumbrismo y detallismo descriptivo propios de la generación de 1900 y de la inmediatamente posterior¹¹.

El repeticionismo, el agotamiento temático de la dirección criollista y terrígena, su prolongación en líneas meramente externas, afinadas en la anécdota fácil y el folklorismo de explotación turística, condujo a las nuevas generaciones, en toda Hispanoamérica, a una violenta posición 'parricida' y desaprensivamente negadora, que, en última instancia, vino a significar un parejo esfuerzo por alterar lo acostumbrado:

La reiteración de tópicos y temas contribuyó a crear un desagrado en las nuevas generaciones frente al problema del criollismo. Hay quienes entre nosotros niegan toda importancia a esta tendencia y otros se limitan a señalar su desintegración frente a las necesidades más exigentes de la actualidad. Pero en ningún caso está en un instante de decadencia la novelística hispanoamericana, como alguien apuntó con relativa desaprensión crítica. Lo que está en crisis es el tratamiento de la realidad y las técnicas literarias con que debe ser afrontada se oponen a la manera anterior de enfocarla. Pero también se observa que las promociones más recientes no han abandonado las rutas clásicas del criollismo sino que lo han superado con observaciones desconocidas antes y con la incor-

¹¹Idem, *ibíd.*, 308. No concuerdo totalmente con los puntos de vista de Ricardo A. Latcham a propósito de esta afirmación, según puede

verse en mis "Notas sobre la novela hispanoamericana actual", *Hispania*, volume XLVIII, May, 1965, pp. 220-225.

poración de todos los aspectos negativos de la realidad, como observó agudamente Portuondo¹².

Tras la introducción a su estudio, enfrentamos el núcleo del ensayo que nos preocupa: la visión panorámica de la novela actual, en que Latcham analiza centenares de obras, sin resbalar al simple enumerativismo de catálogo nominal; así inserta con atinados relieves una síntesis lograda y clara en sus propósitos de hacer ver la variedad que hoy alcanza nuestro relato. Años de trabajo, de búsqueda de la criatura física que es el libro —tan huidizo a veces en Iberoamérica por nuestro magro intercambio cultural—, de lecturas y confrontaciones, de viajes, hay tras ese animado panorama. Concluye Ricardo A. Latcham con la afirmación de que prevalecen hoy dos líneas básicas en la narrativa del Nuevo Mundo: la que sigue y prolonga las preocupaciones de la lucha social —rasgo distintivo anotado hace años por Portuondo— y la que pone su acentuación primordial en las angustias del 'hombre interior', de aquel que se enfrenta con su condición:

Seductoras técnicas literarias luchan contra el realismo convencional y por vencer las recetas de un criollismo fotográfico. La novela de la tierra toma un sentido desconocido en Alegría, Jorge Icaza, Monteforte Toledo, José María Arguedas, Miguel Otero Silva y Luis Felipe Rodríguez [...]. Sin embargo, la preocupación social y la búsqueda del hombre parecen ser la tendencia dominante en toda América. Mediante su función crítica e instrumental, sigue actuando en el proceso ininterrumpido de su universo imaginativo¹³.

*

No es la aludida la única publicación de esta especie que podemos espigar de entre la variada labor exegética de Ricardo A. Latcham: su copiosa bibliografía lo muestra con ininterrumpida tarea concreta. Pero sí tienen estas páginas —por sobre otras que él escribió— el mérito de mostrarnos en plenitud su condición de testigo y juez —certero, ecuaníme— del crecimiento y la mayoría de edad de nuestro complejo proceso narrativo.

Ello quiere decir que su voz seguirá escuchándose con los definitivos acentos que la caracterizaron.

¹²Idem, *ibíd.*, 307.

¹³Idem, 336